

ríodo académico, por el C. Oficial Mayor de Instrucción Pública y Bellas Artes, Sr. Ing. Félix F. Palavicini, hoy Encargado del Despacho de esta misma Secretaría en el gobierno revolucionario que nos rige. Paréceme que están acordes con las ideas antes expresadas, pues dicho señor afirmó que le complacía muchísimo haber conocido los trabajos de la Academia de Medicina, y que si el estado político del país no hubiera obligado a los nuevos gobernantes a ver de restaurar el régimen constitucional en nuestra patria, a proseguir una labor necesaria y difícil y a evitar más horrores de la prolongada guerra civil; y si no se hubiera tenido que luchar, sobre todo, por salvar lo que nos quedaba de nacionalidad, el habría tendido los brazos a la Academia y procurado que esta laboriosa institución recibiera del nuevo gobierno todo el apoyo que merece. Mas, por desgracia, los graves acontecimientos que presenciábamos no permitían a dichas autoridades supremas ocuparse de la Ciencia.

Palabras que completan esta reseña y que rememoro complacido por la gran significación que tienen como juicio formado acerca de una sociedad que estimo y respeto, y cual eco de buenas intenciones nada factibles por las razones antedichas.

Señor Encargado del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes: ¡Ojalá que en esta vez, como hace un año, vuestra opinión sea tan benévola, ya que sin haberse apartado un momento de su única y severa misión de estudio, la Academia Nacional de Medicina ofrece una labor provechosa al descubrir defectos graves y dignos de ser tomados en consideración para su pronto remedio!

Por último, señores académicos, os doy las gracias más cumplidas por la distinción de que fui objeto por vuestra parte. Al dejar el puesto a mi distinguido y apreciable compañero el Dr. Francisco Bulman, honrado y profundamente reconocido habré de pensar desde ahora en bondades no comunes y en saludable confianza que no merezco.

México, 1º de octubre de 1915.

EVERARDO LANDA.

DISCURSOS

Discurso leído por el Presidente de la Academia Nacional de Medicina en la sesión inaugural del día 1º de octubre de 1915.

SEÑOR MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y BELLAS ARTES,
SEÑORES ACADÉMICOS,

SEÑORES:

El voto de mis compañeros académicos me ha colocado en el honroso y cuan inmerecido puesto que hoy entrego a mi sucesor, el Sr. Dr. Samuel

García, y con este motivo vuelvo a dar las gracias a mis consocios por haberse fijado en mi persona para dirigir los asuntos de nuestra Academia de Medicina, y a la vez que pido perdones por si no he podido llenar debidamente mi cometido.

Tengo que decir algunas palabras acerca de lo que la Academia ha hecho durante el 51º año de su vida social, pero como quiera que el Sr. Secretario acaba de dar detallada cuenta y de hacer una reseña circunstanciada de la marcha científica de la Corporación, tendré que reducirme a presentar algunas reflexiones que me han sugerido los acontecimientos desarrollados en el seno de esta docta asamblea.

Todas las personas a quienes tengo a honra dirigirme en esta noche, están más o menos familiarizadas con las fatigas y sinsabores, así como con los placeres y satisfacciones inherentes al ejercicio de la Medicina; ya se trate de su estudio especulativo o de su aplicación práctica a la cabecera de los enfermos, en los gabinetes de experimentación, o a la luz de las discusiones científicas.

Los muros de este salón han repercutido constantemente con relatos de investigaciones médicas diversas y se han provocado discusiones, verdaderos torneos de la palabra y de la idea que han dado como resultado la resolución de no pocos problemas interesantes y a veces trascendentales.

El año académico que acaba de expirar se caracterizó por la serenidad de las discusiones, en las que los contrincantes hicieron casi siempre a un lado su personalidad para ocuparse exclusivamente del asunto en estudio.

Se caracterizó también por la asiduidad de los señores socios no obstante las dificultades materiales y el desasociado constante que han originado en todos los ánimos los acontecimientos políticos de la época. No ha dejado de verificarse más de una sola sesión; la gran mayoría de los académicos ha cumplido con sus obligaciones y ha presentado trabajos interesantes, ya reglamentarios, ya extraordinarios. Las actas son depósitos perennes en donde se almacenan los productos de nuestra cosecha anual y que la publicidad repartirá por todo el ámbito del México intelectual, y aun traspasará algunas fronteras.

No ha habido en todo el año una sola discusión enojosa; muy al contrario, casi siempre ha reinado la cordialidad más afectuosa al grado que han hecho olvidar los sinsabores y fatigas de la práctica médica a que antes me referí y nos han proporcionado lo que podemos llamar uno de los placeres de la Medicina.

No me refiero a la satisfacción que tiene todo médico honrado cuando hace el bien; cuestión es ésta tan conocida que no vale la pena ni recordarla. Tampoco insisto sobre las ventajas de emplear toda una vida en investigaciones científicas. Al hablar de placeres médicos me limito exclusivamente al proceso mental, y excluyo las sensaciones y los deleites en relación con los sentidos, sobre todo, de la vista y del oído.

Es difícil y casi imposible definir con exactitud qué cosa es el placer, y sólo se llega a comprender fácilmente que las fronteras entre el placer y el dolor están muy cercanas, como lo están también las de la salud y de la enfermedad; de tal manera que acometiendo alguna empresa que pueda proporcionar goces, es preciso considerar estas posibilidades por analogía con

lo que universalmente se conoce como placer en la acepción ordinaria de este término.

Pido a ustedes que no me acusen de sacrilegio si comparo la práctica de la Medicina con cualquier otra ocupación, empresa o diversión, puesto que tal símil sólo lo empleo por el momento para explicarme.

Los placeres más vivos que se pueden obtener en cualquiera empresa comprenden el ejercicio de muchas cualidades y provienen de una gran variedad de causas. Esto resulta evidente si se recapacita por qué algunas ocupaciones fascinan verdaderamente a los que las practican con ardor, pongo por ejemplo las exploraciones geográficas y los diversos deportes físicos, en los que se mezclan el espíritu de empresa, la determinación, el valor y la habilidad.

Se nota que el placer no se alcanza sino después de un gran trabajo y de haber vencido serias dificultades y hasta que el explorador y el deportista saben que han dominado la situación; entonces el trabajo es en sí mismo un placer porque alienta esperanzas que se truecan en realidades.

El placer consta de tres factores principales: deseo, realización y recuerdo. ¿Quién no experimenta al recordar los goces que ha tenido, lo insignificante de las dificultades y contratiempos, que lo arredraron cuando tuvo que enfrentarse con ellos y que *a posteriori* le parecen tanto más pequeños cuanto mayor es el tiempo transcurrido? Sólo los éxitos afortunados se graban permanentemente.

Por otra parte si la aplicación práctica de los conocimientos adquiridos resulta deliciosa, también lo es la habilidad cada vez mayor y la satisfacción de que se mejora constantemente, pero sobre todo la incertidumbre del éxito. Un deporte dejaría de serlo sin este elemento habitual en él; y es claro que no vale la pena jugar un juego sin contar con el azar, ni se emprenderá con suficiente ahinco algún trabajo de resultado seguro y completo. La Medicina tiene entre otras ventajas el encanto de la duda en el resultado del tratamiento medicamentoso o quirúrgico.

No hacen falta palabras para decir que cuando se estudian las diversas ramas de la ciencia médica con verdadero espíritu de convicción, se constituyen ocupaciones realmente absorbentes, y acontece a los que practican nuestra profesión con ese espíritu científico, que se vuelven entusiastas; y de seguro que mucho se gana cuando se llega a adquirir una actitud mental que nos permita saborear los placeres de trabajos que nos han costado muchos sacrificios.

Señores: ¿no han sorprendido ustedes alguna vez el entusiasmo de un cirujano al practicar una delicada operación o el de un médico que hace un diagnóstico difícil o que logra un buen resultado con el tratamiento que ha instituído? Este entusiasmo no se limita al operador o al clínico sino que lo trasmite el maestro a sus discípulos, el orador a sus oyentes, y el médico en general a sus compañeros. Este mismo entusiasmo destruye la monotonía de una ocupación cualquiera, y uno de los placeres de la Medicina es precisamente la imposibilidad de la monotonía para los que trabajan con ardor en este delicado arte.

La imaginación desempeña un papel muy importante en este asunto y seguramente que uno de los principales placeres del médico es el ejercicio

de esta imaginación, por más que los enfermos se benefician más cuando los médicos o los cirujanos se apegan a lo que ya saben, que cuando dan grandes vuelos a su imaginación.

Spencer comentando el trabajo de Tindall intitulado: «El empleo de la imaginación en las investigaciones científicas», dice: «La imaginación es el poder de la representación mental y se mide por la claridad y exactitud de esta misma representación. Por este concepto se caracterizan no sólo los poetas sino los hombres de ciencia, porque en los dos la imaginación hace aparentes las formas y las acciones de las cosas desconocidas». Y sigue diciendo: «La diferencia entre la imaginación del hombre de ciencia y la del poeta, es que este último la ejercita sobre asuntos sin interés humano y sus ideas se inflaman con la emoción; en tanto que el primero acciona sobre asuntos serios, y no se avivan sus ideas con la emoción. El vulgo puede seguir la imaginación del poeta en tanto que la del hombre de ciencia le resulta inaccesible».

El médico goza cuando ejercita su imaginación al explorar órganos y aparatos que ya conoce, pero que trata de averiguar la manera cómo están alterados y su modo de funcionar patológicamente. El cirujano siente placer cuando extrae un tumor. La imaginación en estos casos tiene mayor exactitud y claridad, y produce por lo mismo mayor placer, puesto que se ejercita sobre algo que ya conoce y a lo que está habituada.

Nosotros en esta Academia gozamos cuando ponemos en juego la imaginación, cuando consideramos el pro y el contra de las cuestiones en estudio y cuando tenemos la satisfacción propia de haber ratificado o rectificado nuestras ideas y de considerar que hemos derivado grandes ventajas para nuestra Corporación y para nuestros semejantes que sufren y lloran bajo la opresión de terribles males. El goce y el provecho llegan al máximo cuando logramos por medio de nuestro trabajo intelectual y de nuestra iniciativa particular sentar las bases de la medicina preventiva, es decir, la profilaxis que día a día gana terreno y reduce más y más las dolencias humanas.

El progreso de nuestra Academia se debe en gran parte a que los miembros que la forman poseen y ejercitan su imaginación poniéndola al servicio de sus compañeros.

La imaginación es la marca del genio en los poetas, artistas y escritores de romances brillantes, y también en los profesantes y pensadores en general. La discusión académica es realmente una arte que vale la pena cultivar, no sólo por su utilidad sino por los placeres que proporciona.

Ahora bien, los goces que despiertan la poesía y la literatura son de dos clases: los que provienen de las emociones desarrolladas y los puramente intelectuales. En algunos asuntos de historia y de literatura no se despiertan siempre las emociones y sin embargo el goce es completo; éste se encuentra en la exactitud de los métodos de expresión, en el lenguaje escogido, en el sentido propio y en la concepción de verdad y de belleza que se producen en el lector. Se provoca, en resumen, un estado de la mente que Huxley denomina con el término de "contento intelectual".

Experimentamos una sensación semejante siempre que en la discusión consideramos un asunto en el aspecto debido, cuando esgrimimos razonamientos pertinentes, cuando empleamos buen método de exposición y cuando logramos inculcar nuestra propia convicción en los que nos escuchan; por más

que en todo este proceso intelectual no se lleguen a despertar emociones intensas. En tal sentido las discusiones científicas constituyen una arte que tiene parecido a otras y como ellas proporcionan verdaderos goces.

Así como la literatura es arte bella, porque el autor hace penetrar en la mente del lector las imágenes de incidentes interesantes o hermosos; de la misma manera y con mayor o menor viveza el que discute hace a veces penetrar en su contrincante la idea clara y exacta de lo que trata de demostrar.

Debemos siempre perseguir este fin en las discusiones y gozaremos con la utilidad del resultado y con la belleza de los procedimientos empleados, para que éstos reunidos con aquélla nos produzcan el contento intelectual de Huxley. Tratemos siempre de que nuestros ojos no se aparten del ideal que es nada menos que la verdad, para que no nos acontezca lo que a algunos pintores que por la contemplación constante del modelo, acaban por olvidar la verdad de la naturaleza.

Durante el año que hoy termina hemos trabajado con tesón y con verdadera fe; hemos encontrado obstáculos que en gran parte pudimos vencer y así logramos llegar al término de nuestras periódicas labores con la satisfacción y el placer del deber cumplido.

La reseña que el señor Secretario acaba de leeros da cuenta detallada de la marcha de la Academia, y habéis visto que se ha trabajado activamente, que no hemos desmayado, que nuestros esfuerzos han sido constantes y que hemos recogido cosecha abundante.

Tengo que dar cuenta a ustedes de la desaparición de dos de nuestros compañeros, que mientras estuvieron en posibilidad de trabajar en la Corporación, lo hicieron con empeño, constancia y provecho; nos presentaron comunicaciones interesantes que se discutieron ampliamente y que hicieron adelantar nuestros conocimientos. Me refiero a los señores doctores Eduardo R. García y Ricardo Suárez Gamboa. El primero ocupó el sillón de Fisiología durante veinticinco años y sólo en el presente dejó de concurrir a la Academia por estar afectado de un mal crónico que acabó con su vida el 11 de marzo del año en curso. El Dr. Suárez Gamboa fué académico durante dieciséis años y laboraba en la Sección de Ginecología; también él dejó de prestar servicios a la Academia en los últimos meses de su vida porque la azarosa carrera militar que ejercitaba lo mantuvo alejado de nosotros, y falleció, al parecer, víctima de un accidente en el mes de junio de este año. No se ha podido averiguar la fecha exacta de su muerte.

Los DD. García y Suárez Gamboa han dejado sus sitios desiertos y nuestros corazones lacerados; elevemos un instante el pensamiento para lamentar la pérdida de nuestros consocios, que cumplieron como buenos, y supieron dar honra y provecho a esta Corporación y a la sociedad en que vivieron.

Motivo de grato recuerdo es para nosotros tener presentes en efígie a dos de nuestros compañeros de labores, fallecidos el año pasado y de cuya lamentable pérdida nos dió cuenta el Sr. Dr. Ulises Valdés, Presidente entonces de la Corporación. Aquí tenéis pasando lista de presentes a los DD. Demetrio Mejía y Luis E. Ruiz, que rigieron los destinos de esta Asamblea, el primero en dos épocas distintas, por los años de 1890 a 1891 y de 1911 a 1912, y el segundo de 1898 a 1899.

Que sus retratos al lado de los demás presidentes muertos que figuran en este salón, nos alienten siempre para proseguir en nuestro camino con ardor y entusiasmo.

Una circunstancia lamentable nos ha afectado durante todo el año y es la falta de publicación de «La Gaceta Médica», órgano de nuestra Academia. Tenemos abundante material acumulado, que no se ha podido dar a luz, porque ha faltado la asignación que durante treinta y seis años se ha recibido de los diversos Ministerios encargados de la educación de nuestro país. Esta falta de fondos unida a la carestía extrema de los gastos de publicación, nos ha obligado a guardar silencio forzoso y ha hecho que se pierdan siquiera sea temporalmente los frutos de nuestras labores. Ojalá que el Sr. Ministro del Ramo se digne tomar en cuenta los servicios que presta la Academia y autorizar la continuación de la ayuda pecuniaria, ya que no ha dejado de impartirle su apoyo moral.

La misma falta de fondos ha hecho que no se hayan remunerado como lo manda el reglamento los trabajos de turno de los socios; eso no obstante casi todos han presentado sus memorias reglamentarias y no pocas extraordinarias. Doy las gracias a todos ellos por haber mantenido el interés y la actividad de las sesiones, así como a los Sres. Secretario, Tesorero y Escribiente, que han seguido trabajando sin haber recibido la remuneración a que tienen derecho.

Digna de mención especial es la labor de la Comisión que estudió una memoria presentada a concurso, relativa a «La Reglamentación del Trabajo de los Niños». Dicha comisión estuvo formada por los Sres. DD. Eduardo Licéaga, Samuel García, Jesús Monjarás, Jesús González Urueña y Enrique O. Aragón, quienes se empeñaron de tal manera en su cometido que produjeron un dictamen erudito y substancioso, casi tan extenso como la memoria misma y que confeccionaron en treinta y cinco reuniones en las que discutieron ampliamente los diversos puntos del tema de concurso. La memoria no obtuvo el premio señalado y la Comisión sólo pidió una gratificación por la laboriosidad y empeño que demostró el autor, así como por haber resuelto algunos de los puntos tratados en la misma. No hubo lugar a gestionar el pago de la gratificación, porque el autor no dió su nombre. La memoria y el dictamen han quedado también sin publicarse, y es lástima que hoy que el Gobierno se preocupa tan hondamente por la clase obrera no pueda aprovechar los datos consignados en la memoria y en el dictamen sobre la reglamentación del trabajo de los niños.

Un rasgo simpático de bello altruismo es la oferta de uno de nuestros consocios, el Sr. Dr. Nicolás León, quien nos manifestó que tiene consignado en su testamento que pasará a ser propiedad de la Academia todo el archivo y la rica colección de documentos bibliográficos de la propiedad particular del legatario. La Academia aprecia en lo que vale este acto de cariño que el Dr. León hace patente con su desprendimiento.

La Academia Nacional de Medicina ha sido invitada por el Ateneo Nacional de la República Argentina, para un concurso de novelas americanas, y recibió folletos que sientan las bases de tal concurso que se verificará el año entrante en la ciudad de Buenos Aires. El mismo Ateneo Nacional tiene en proyecto la formación de un diccionario de intelectualidades americanas

pide a la Academia la lista de sus socios, los meritorios servicios de cada uno de ellos y las diversas publicaciones de la Corporación.

La Academia en este año ha continuado separada de la política y por ese motivo ha podido seguir su marcha habitual, sin que los rugidos de la tormenta que se han filtrado a través de estas paredes, hayan modificado en lo más mínimo la serenidad y calma augusta de este centro científico que sólo se preocupa por el bienestar del hombre y que sólo ha escuchado, como dice nuestro secretario del año pasado, el Sr. Dr. Gonzalo Castañeda: «un rumor del concierto que en los altares del saber se cantó en este templo augusto; pero cántico severo y armónico, porque al penetrar aquí quedaron en los umbrales los dogmas de la religión, los credos filosóficos y las turbulencias políticas; aquí sólo la ciencia impera y avasalla en torno de la Patria y de la Humanidad».

Sr. Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes:

Acabáis de daros cuenta de los constantes esfuerzos que la Academia Nacional de Medicina ha hecho en el último año para mejorar y afirmar los diversos problemas de la ciencia médica, y en particular los relacionados con la medicina nacional, que poco a poco irá tomando cuerpo hasta llegar a constituir un centro potente de energía que difundirá a largas distancias sus influjos bienhechores y sus raudales de consuelo a los desheredados de la salud.

A nombre de la Corporación os doy las más cumplidas gracias por haberos dignado presidir esta sesión, y espero que llevéis el convencimiento de que no hemos defraudado los propósitos que forman nuestro ideal.

Señores representantes de las Sociedades y Establecimientos Científicos:

Servíos recibir mis agradecimientos por haber dado brillo con vuestra presencia a esta sesión solemne que hoy celebra esta sociedad hermana, y comunicad a vuestras respectivas corporaciones que como ellas trabajamos con ardor y que juntas aun cuando en esferas de actividades distintas, propendemos al adelantamiento material, intelectual y moral de nuestra Patria.

Señores académicos:

Habéis terminado vuestra fructuosa labor y tras de un corto descanso tenéis que emprenderla de nuevo: no desmayéis, poned en ella todo vuestro entusiasmo, todo vuestro amor y todas vuestras aptitudes, para que no se menoscabe el prestigio de nuestra Corporación y para que tengamos la satisfacción de ser cada vez más útiles a nuestros semejantes: suprema aspiración de los sabios y de los buenos.

México, octubre 1º de 1915.

J. Cosío.